



arte, debilidad que caracterizó sobretodo a Charles Ephrussi, primer poseedor de la colección de miniaturas japonesas que pone en marcha el mecanismo del libro.

Charles viajó a la capital francesa para encargarse del negocio familiar, pero es su fascinación por el arte en lo que se centra el libro, su instinto coleccionista, que le llevará a ser primero crítico y luego editor –y contribuyente– de la famosa *Gazette des Beaux-Arts*. Las adquisiciones artísticas de Charles

El ceramista británico Edmund de Waal vuelve nítido el pasado con sus palabras y su visión de coleccionista

irán aposentándose en el Hôtel Ephrussi de la rue de Monceau, desde donde se convertirá en amigo y protector de los impresionistas, estableciendo relación con Manet, Renoir o Degas, e inspirando a Marcel Proust para la creación de su personaje Charles Swann.

En esta primera parte del libro la historia del arte lo impregna todo, junto a la detallada descripción de la abundancia y de las modas de la élite intelectual francesa de finales del XIX. Entre dichas modas, claro está, el *japonisme*, a la que Charles se suma con entusiasmo, convirtiéndose en experto y adquiriendo con admirable buen ojo una colección de 264 *netsuke*: piezas pequeñas, que no llenan ni la palma de la mano, talladas en marfil o madera y que expuestas en una vitrina con espejo en el fondo aumentan la sensación de inmensidad. Y allí empieza el viaje, y el tocar. Pues la vitrina debe abrirse para que los invitados puedan apreciar con sus propias manos el valor de las piezas. Algo que las palabras de Edmund de Waal saben transmitir

a la perfección. Porque, por si todavía no lo había dicho, el valor de este libro no reside tan sólo en la reconstrucción de una historia de éxito y pérdida, sino en la deliciosa forma de entrelazar datos, hechos y sentimientos, de escribir lo no vivido haciéndonos sentir que es un recuerdo lo que leemos y que podríamos, si cerráramos los ojos, aspirar el aire, acariciar los muebles, contemplar los cuadros, sostener un *netsuke*... Y todo desde la no ficción, ya que no es una novela de lo que hablamos, sino de la narración de una investigación escrita con magnífica voz propia.

Si París es el inicio, Viena el desarrollo. Los *netsuke* llegan al palacio Ephrussi en la Ringstrasse para quedarse como regalo de bodas de Charles a su primo Viktor, responsable del banco en la capital austriaca durante la primera mitad del siglo XX. Allí las miniaturas quedan relegadas al espacio íntimo, en el tocador de la mujer, Emmy, en una vitrina de la que sólo saldrán para que los niños jueguen mientras la madre se viste.

Hablar de Austria en el siglo XX es irremediablemente hablar del crecimiento sostenido del antisemitismo y de la anexión en 1938 del país al Tercer Reich. En este punto los *netsuke* son los ojos a través de los cuales vemos como el éxito se transforma en pérdida. La familia se separa, las posesiones se pierden, el imperio Ephrussi cae... Pero esas pequeñas figuras sobreviven, y tras el fin del nazismo vuelven a manos de la familia de una forma terriblemente bella. Elisabeth, hija de Emmy y abuela de Edmund de Waal, se las lleva consigo a Londres. Un año después se las entrega a su hermano Iggy, junto al cual viajan de vuelta a Japón, que será su última residencia antes de ser heredadas por un ceramista británico que, al tocarlas, decide escuchar su historia. Y contarla. |

Arriba, imagen de la Ópera de Viena en el año 1910. En el margen izquierdo de la anterior página y abajo, 13 de los 264 'netsuke' que conforman la colección heredada por Edmund de Waal de su tío abuelo Ignace 'Iggy' Ephrussi (1906-1994). El primero de los 'netsuke', una liebre con ojos de ámbar, da nombre al libro

GETTY / NETSUKU GALLERY



Latidos

Un 'gentleman' de las letras

SERGIO VILA-SANJUÁN

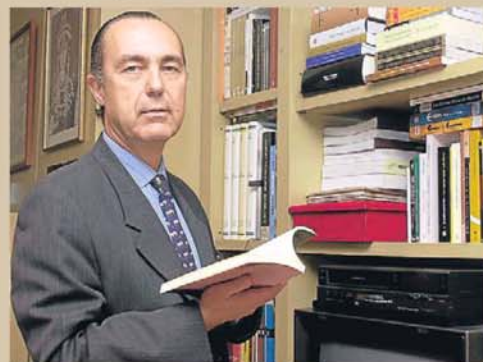
Valtario fue un guerrero godo del siglo V. Educado por Atila tras haber sido entregado como rehén a los Hunos siendo niño, un buen día decidió escapar de la corte para regresar a su Aquitania natal. Cuando llegó a la orilla del Rin, su presencia fue detectada por el rey de los Francos, Guntario, quien decidió apoderarse del tesoro que Valtario había arrastrado en su huida, y mandó contra él a sus mejores hombres. El enfrentamiento fue sangriento y terrible, dando pie a párrafos como el que sigue: "De un poderoso tajo, Valtario arrancó a Haganón el ojo derecho, le desprendió los labios de la boca y le rompió seis muelas". Manos, pies y otras partes de los contendientes también fueron limpiamente cercenados en esta lucha que duró varios días. ¡Puro Tarantino!

He sabido de las andanzas de Valtario gracias a Luis Alberto de Cuenca, que las vertió del latín con tono elegante y brioso, sin notas a pie de página, transformándolas en un texto contemporáneo, brutal y apasionante. Su versión del *Cantar de Valtario*, premio Nacional de Traducción en 1989, acaba de ser recuperada por la editorial madrileña Rey Lear.

En todas las generaciones hay, o debería haber, ciertos personajes capaces de contar la cultura clásica de forma que atrape a un nuevo colectivo de lectores. No se trata de divulgación sino algo diferente, de propiciar el reencantamiento con mundos que en otras manos se nos hacen pesados y lejanos. En la España de nuestros días, Luis Alberto de Cuenca es, junto a Arturo Pérez-Reverte, quien más claramente tiene ese don. El creador del capitán Alatriste con sus narraciones sobre el siglo de oro y la España decimonónica. Cuenca con sus traducciones y sus artículos, centrados sobre todo en la antigüedad clásica pero que no desdeñan otros derroteros.

En este segundo registro, las Ediciones de la Isla de Siltolá le publican *Palabras con alas*, donde recoge sus textos para la revista *Mercurio* con un abanico temático que va del museo de los Beatles en Liverpool a la epopeya de Gilgamesh, los clásicos de la piratería, los cómics de Will Eisner o las cien mejores novelas de ciencia ficción del siglo XX.

Ex director de la Biblioteca Nacional, ex secretario de Estado para la Cultura, De Cuenca es un poeta importante cuya obra (recogida en la antología *Los mundos y los días*) se caracteriza por el tono vivencial, la erudición, la sensibilidad refinada, el sentido del humor, la conexión generacional. ("Que difícil es morirse / después de oler el perfume / de tus manos en el cine"). Entre sus seguidores se cuenta el cantante Loquillo, quien dedicó a sus poemas el disco *Su nombre era el de todas las mujeres*. Para mí constituye una experiencia tonificante el leer regularmente a este *gentleman* de nuestras letras.



El poeta, ensayista y traductor Luis Alberto de Cuenca

EFE